

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

**H**ACE años, un elegante y ya desaparecido escritor utilizaba

como metáfora las peleas gatunas para describir el ambiente literario de su tiempo. Cada vez que algún aprendiz de poeta o novelista se acercaba en demanda de ayuda o de consejo, el escritor intentaba disuadirlo de que siguiera por ese camino: la vida literaria, argüía, estaba demasiado llena de dificultades, había demasiadas zancadillas, y no merecía la pena dedicar a la literatura tantas energías, que bien podían emplearse en oficios y trabajos más rentables. Naturalmente, el aprendiz de escritor no le hacía caso al viejo maestro y continuaba su recién iniciada carrera.

Más allá del sabio escepticismo que a veces el paso del tiempo suele dar, y se lo daba a aquel escritor, lo que resulta indudable es que la vida literaria no se diferenciaba mucho de otros ámbitos profesionales o laborales. Las querellas de signo personal han pasado a engrosar capítulos bien significativos de la historia de la literatura. El triunfo del gongorismo se produjo entre nuestros feroces de sus adversarios, encabezados por Quevedo, y la aparición del «Quijote» suscitó envidias cerradas, cuyo fruto más notorio lo representó la obra apócrifa del oscuro Avellaneda, a cuyo desafecto por Cervantes debemos quizá la segunda parte del libro único, que sin el doloroso aguijón acaso no hubiera sido terminada.

La vida literaria contemporánea tampoco ha estado exenta de estas animadversiones de fondo. Recientemente se ha publicado un volumen, con numerosos inéditos, de Juan Ramón Jiménez («Y para recordar por qué he venido», Pre-textos, Valencia), donde vuelven a emerger las fobias del enorme poeta contra algunos de sus contemporáneos, en especial Jorge Guillén y Pedro Salinas. Con motivo de un comentario que dediqué al libro, alguien muy próximo a Juan Ramón Jiménez me ha hecho llegar el folleto que en los años cincuenta imprimió, en edición muy reducida, el autor de «Platero», consistente en la reproducción de la carta que en 1933 dirigió, «pro domo sua», el fidelísimo juanramoniano Juan Guerrero Ruiz a Jorge Guillén. Léida ahora, la carta, escrita en ocasión de uno de los enfrentamientos entre Jiménez y Guillén, produce estupefacción: el «cónsul general de la Poesía» abandona ahí sus altas misiones al servicio de la literatura para convertirse en un sorprendente fajador, de pegada implacable y no siempre reglamentaria.

Lo realmente grave del pleito de Jiménez con algunos poetas del 27 fueron sus consecuencias: hubo, tras la guerra civil, una efectiva conspiración de silencios y pros-

## ENEMISTADES LITERARIAS

cripciones que desembocó en tristísimos episodios, con mediación incluso de herejeros, cuyo objetivo era la eliminación del gran lírico del panorama poético en lengua española. La ignominia no prosperó, pero durante años surtió efecto y nutrió una imagen falsa del autor de «Espacio», convertido en una especie de señorito andaluz esteticista y vacuo. Arduo señorito, de todas formas: no resultaba fácil explicar, en efecto, cómo aquel ególatra burgués había dado con sus huesos en Puerto Rico, de donde lo trajeron, ya muerto, y sólo muerto, a una España que no había querido pisar, ni como visitante, en tanto subsistiera el régimen militar. Pero el infundio circuló durante años hasta que llegaron, con trivialidad, las rectificaciones.

Todos los documentos que se aporten al conocimiento de aquel episodio han de ser bien venidos: ya es historia y como tal ha de ser abordado. Al parecer, en los próximos meses tendremos una sustanciosa novedad editorial al respecto: la publicación, sin cortes, de una nueva edición de «Juan Ramón de viva voz», el diario del fidelísimo Guerrero. Por su parte, los archivos de la sala Zenobia-Juan Ramón, de la Universidad de Río Piedra, en Puerto Rico, siguen custodiando textos muy «fuertes» sobre este lance y sobre otros similares. Pasado ya el tiempo prudencial, no se ve qué razones pueden explicar la dilación en su salida a la luz pública.

Otros papeles de la época comienzan a conocerse. Así, las cartas de Pedro Salinas a Jorge Guillén. A juzgar por lo que hasta ahora se ha publicado, son deliciosas y encantadoramente chismorreras. No sólo las transita, que lo hace, el fantasma de Juan Ramón Jiménez: también desfilan los compañeros de generación, juzgados alguna

que otra vez en términos que no se com- padecen bien con todo eso, tan repe-

tido, de la «generación de la amistad». Así, en noviembre de 1929, Salinas le escribe a Guillén comunicándole que ha recibido una carta de García Lorca desde Nueva York: «una carta —le dice— tipo bachillerato». Meses más tarde se refiere a Lorca y a Alberti como los «niños andaluces tan Belmonte y Gallito como siempre». En enero de 1931, Salinas despachará «La zapatera prodigiosa», que Lorca había estrenado el mes anterior, como «cosita fácil, entretenida, con mucho color local, gracejillos, etcétera. Pero sin ninguna altura. Chiquillada. Lo de siempre.» Conviene recordar que Pedro Salinas escribiría, con el transcurso de los años, «La Fuente del Arcángel», obra cuasi quinteriana de inspiración y ambiente.

Sigamos con las cartas de Salinas. En febrero de 1931 vuelve el autor de «Presagios» a hablar de los «niños», tan insolidarios con la efervescencia política y sólo preocupados de sí mismos, y de paso ironiza sobre el acto promepublicano de Segovia, en el que intervinieron Antonio Machado, Marañón, Ortega y Pérez de Ayala, «transido —anota— de "esencias del 98"». Cuando cinco años después, los «niños» estaban ya bastante más politizados y uno de ellos, Lorca, escribiría la «Comedia sin título», esa trágica prefiguración de la guerra civil, Salinas se la describe a Guillén como «un drama comunístísimo» que el granadino ha acometido «para no dejarse pisar» por Alberti. Las cosas parecen haber sido más complejas, como revelan, entre otros testimonios, los documentos que se vienen exhumando sobre las posiciones políticas de García Lorca en los últimos meses de su vida.

Otro epistolario cuya publicación íntegra no debía demorarse es el de Luis Cernuda, que guarda actitudes y descalificaciones que van a sorprender cuando vean la luz. (También existe el reverso: así, determinadas cartas de Emilio Prados.) Todo debe editarse: hemos de leer estos documentos más o menos como leemos los poemas de enemistad entre Góngora y Quevedo. Será un modo de aclarar, hasta donde es posible, el paisaje vital de una zona decisiva y luminosa de nuestra literatura y de asentar sólidamente la génesis y los procesos de recepción de unas obras clave, la etiología de ciertos valores, etcétera. Lo demás —furias y ruidos— es ya silencio, sólo silencio, que envuelve a las personas de casi todos estos poetas, como un día nos envolverá también a todos nosotros.

Miguel GARCÍA-POSADA

**ABC**

EDICION INTERNACIONAL

Para hacer llegar sus mensajes comerciales a todo el mundo.

